

Recordar, compartir, aprender

Alicante

Rosario Rocamora Canales, 68 años

Joan Miquel Rovira

HISTORIAS A LA SOMBRA DE “LA OLMA”

¿Cómo comenzar la historia de una vida? Podría comenzar con el nombre de nuestra protagonista, Rosario Rocamora Canales, podría comenzar hablando del lugar donde nació, Almoradí, o en el año en el que lo hizo, 1940.

Pero comenzaré esta historia con un sentimiento de lucha, de superación, de perseverancia. Valores que han hecho que nuestra protagonista sea tal y como es, jovial, alegre, de amena conversación y, aunque ella no termine de creérselo, con una historia que contar. Una gran historia bajo la sombra de un robusto árbol.

Nos encontramos en años difíciles, Rosario nace en los primeros años de la posguerra, es la segunda de cuatro hermanos, y con dos años se traslada con su familia a Dolores. Con las grandes dificultades de estos años sus padres se preocupan de que sus hijos sean personas buenas y trabajadoras. Desde muy pequeños tienen que ayudar, algo que Rosario hará toda su vida.

Entre los primeros recuerdos nos relata las continuas riadas que ocurrían cada año, obligándoles a trasladarse a casas de amigos y de familiares, e incluso en una ocasión al pueblo de al lado. Esto resultaba una aventura para ella, llevándose de un lugar a otro lo poco que tenían, los carros, la vaca, la yegua... Sin comprender la penuria que estaban pasando, pero lo que sí notaban era el cariño, la amabilidad con que la gente les acogía, un sentimiento de solidaridad entre gente necesitada, que Rosario siempre ha sabido mantener.

La preocupación de su madre, que no sabía leer y escribir, y no quería que fueran como ella, mandar a los niños a la escuela del tío Paquico, como llamaban al maestro; pagaban dos reales a la semana y cada uno tenía que cargar con su banquito para sentarse.

Por la puerta de la casa donde vivían pasaba el camino que iba al pueblo, junto al camino había una acequia. En la orilla un árbol grandísimo, al que llamaban “Olma”. Ese árbol era emblemático, porque todo el mundo que pasaba en verano se paraba a descansar en su enorme sombra, allí paraban personas y animales. Debajo siempre había una silla y un botijo con el agua bien fresca; “tenía el pitorro y la boca tapada con una funda de ganchillo hecha por mi madre”, comenta Rosario.

La gran sombra servía para que ellos comieran, los jornaleros de tierras cercanas descansaran de su duro trabajo y La Guardia Civil parara allí a reposar. Bajo las hojas del viejo árbol se contaron mil historias, historias de la guerra, de la mili, anécdotas de miserias y necesidades, de amores y desamores. Y desde esa sombra en su memoria, Rosario, comparte muchas historias.

Como la historia que le contó su padre, él aunque no tuviera una afiliación política combatía con los soldados republicanos. En el frente de Teruel, con un frío terrible, a más de 24 grados bajo cero, sufriendo las calamidades de la guerra. Su padre era asistente del teniente coronel, el cual decía que su padre era el más miedoso del frente, y seguramente era verdad.

También bajo esa sombra nos cuenta una de tantas historias con su abuela, en verano mientras todos dormían la siesta, se quedaba con ella bajo esa sombra, y llegaban unos mendigos a pedir, entonces su abuela les enviaba sin hacer ruido a que cogiera uno de los panes que amasaban en el horno, grandes y escasos, y los repartía entre todos y cuando podía incluso repartía patatas y frutas, cuando su familia se enteraba se enfadaban con la abuela ya que realmente no les sobraba nada, incluso realmente les faltaba.

“Mi abuela era una persona muy buena”, asegura emocionada. Como su abuela es consciente de que

siempre hay personas que lo pasan peor que uno y sigue creciendo su enorme corazón lleno de bondad y sacrificio.

Para entender el hambre que pasaban, nos cuenta como cuando la cosecha de trigo fallaba, solo había el pan que se repartía con los cupones de racionamiento. Rosario tenía una amiga, que su familia tenía muchas más tierras y nunca les faltaba el pan. Cuando iba a su casa le proponía un juego, simulaban tener angustia, su amiga sacaba dos trozos de pan, lo masticaban y los tenían que devolver. Rosario se tragaba casi todo y apenas si tiraba pequeñas migas. Situaciones que se daban ya que se consideraba de mala educación coger lo que te dieran.

Las historias no se detienen, pero me detengo especialmente en una, por el cariño que le pone al contarlo, la añoranza...

Su tía Pepa, cuando acababa sus tareas reunía a los chiquillos bajo la sombra de la "Olma", les leía un libro de aventuras que compraba por capítulos, Juan León, el rey de la Serranía, tan interesados, tan enganchados a la historia estaban, que todos ayudaban en las tareas para que acabara antes y pudiera comenzar la lectura. Rosario añora encontrar ese libro: "Me encantaría conseguir ese libro, gracias a él podía viajar a Andalucía cada noche, mi hijo lo ha mirado por Internet pero es muy caro".

Rosario empieza a ser una gran lectora y una gran narradora, recuerda su primer libro, Alborada, recuerda un Quijote edición para niños que le regaló su tío Moisés, quien luego le regaló el libro de Quo Vadis, que le tuvo intrigada mucho tiempo e imaginado qué podía significar esa palabra. Gracias a su tía Pepa y su tío Moisés se le despertó el gusanillo de la lectura desde bien pequeña, y todavía conserva el hábito lector. Pero no solo sus tíos, su abuelo Calixto era un poeta al que le encantaba escribir.

Pero su otra gran afición es la música, echa en falta no haber aprendido más, cuando era pequeña sus hermanos iban a una academia a aprender solfeo, a ella le hubiera gustado, pero le decían que no era cosa de chicas. Hoy, esa Olma, la acequia, la morera, no están, pero están en los recuerdos de Rosario, en su vida, y ahora también en los míos.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Rosario transmite siempre una gran vitalidad, es una mujer que ha luchado mucho, aunque prácticamente no ha podido estudiar, ha leído mucho, y se ha ido formando a lo largo de los años. También ha sacrificado mucho, expresa un deseo de que le hubiera gustado hacer algo más en la vida, haber trabajado en algo. Todos sus anhelos los ha sacrificado por ayudar a su familia, ayudar primero a su abuelo enfermo, después a su padre y posteriormente cuidar de su hijo que ha tenido diversos problemas de salud que han obligado a Rosario a cuidarlo y a estar muy pendiente de él, y todavía lo esta.

Pero son sacrificios que aunque le han hecho dejar sueños propios, la han hecho feliz, sabiendo que hacía lo correcto, sabiendo que igual que su abuela le transmitía esa solidaridad con los más necesitados, ella inculcaba todo ello a sus hijos, y ahora a su nieto.

Echa en falta en la juventud actual, la conciencia de lo que cuesta conseguir ciertas cosas, de que las cosas se trabajan, se pelean, y que hay que sacrificarse y dejar de lado sueños, por hacer las cosas bien hechas, pensando en los demás, no de manera egoísta sino dándole sentido a la palabra solidaridad, sacrificio...

Lamenta que la gente no se tome en serio lo de estudiar, a ella le hubiera encantado tener la oportunidad, aprender música, quizás tocar un instrumento...

Esto lo transmite Rosario, a través de sus historias, pero también a través de sus escritos, le encanta escribir poesía como a su abuelo, escribe los Cuentos de un marciano Curiosón, y reflexiona en sus poemas sobre la vida y por lo que merece la pena vivir: Por un amigo, una canción/ Un libro, una tarde junto al mar,/ Un pájaro, una persona/ Que puedas ayudar.